



María Mata, 84 años.
Almudena García, 22 años

De camino

El 11 de marzo de 1955, con una maleta de madera y la apariencia de empezar unas cuantas quintas atrasado, emprendí viaje a Marruecos. Abandonaba todo lo que había conocido hasta ese momento. La mayoría de la gente de aquel pequeño pueblo de Toledo era analfabeta. Saber leer era motivo de burla. Nunca había pisado la escuela.

Por entonces las ovejas costaban tantas pesetas, y no estaba el horno para bollos. En el apeadero de Castillejos pasamos mucho frío. Con tres horas de retraso llegó por fin nuestro tren militar, viejo y destartado. Las mujeres se debatían entre agitar los pañuelos o secarse las lágrimas. Suerte que no tenía novia.

Los vagones fueron testigo de lo que marcaría a partir de ese momento la vida de un joven recluta. Nada más entrar en el tren, con la ilusión puesta en el viaje que iba a empezar, tuve que enfrentarme al que, con el tiempo, sería un buen amigo. Pronto lo comprendí. No se trataba de ser el más duro, pero había que aparentarlo. En el fondo se parecía a los tratos con las ovejas. Empezabas hablando en perras gordas pero dependiendo de la necesidad, terminabas cambiándolas por un caldero de judías. El sitio que ocupar era solo el pretexto. Tal y como hubiese hecho en otro momento con el lobo que tienta las ovejas, le agarre por el cuello y le invite a abandonar el servicio sin empezar. Estaba integrado.

En Ronda paramos para cenar. La oscuridad sorteaba lechuga o arroz. Entonces pensé en mi madre. Durante la infancia tuve problemas con la comida. En los pueblos se cocinaba con mucha grasa y a mi no me sentaba bien. Desde que me llamaran a filas, mi madre no paró de pensar en mi dieta. Miré aquella lechuga recién arrancada y no pude evitar reír.

A medida que avanzaba la noche, los campos de olivos se fueron transformando en naranjos. A la velocidad que marca el carbón llegamos a Algeciras. Entre la incesante lluvia y la crueldad del mar avistamos "La Virgen de África". Se me cayeron los palos del sombrero. Había oído hablar de la inmensidad del mar, pero lo más parecido que había visto era la charca de "La Alberca". La música militar, que sonaba de fondo, recordaba que los soldados nunca marchan hacia atrás. El olor a bacalao y la tempestad dificultaron la digestión a todo el pasaje. Hacinados como íbamos, el mareo de uno, era el mareo de todos. Nunca más tuve una imagen romántica del mar.

En Marruecos me esperaba el regimiento "Infantería África 53". Un camión nos trasladó a la zona de avituallamiento donde un grupo de segadores se encargaría de afeitarnos la cabeza. Me ofrecieron conservar parte del pelo a cambio de la camisa negra que llevaba. Continuar el viaje vestido me costó una cabeza esquilada en forma de madroños y cruces. Los veteranos nos obligaron a ducharnos con las ventanas abiertas. Tuberías con agujeros por las que salía agua hacían las veces de ducha. Al fondo de aquella habitación, sobre un banco largo y raído, nos habían dispuesto un mono, una camisa, un pañuelo y un gorro. Mi superior me azotaba con una fusta en las nalgas y yo insistía en que aquel uniforme me quedaba pequeño. El



despiste con el que había nacido y la precipitación de nuevas experiencias me jugaron una mala pasada. Cuando comprendí que intentaba meter las piernas por las mangas me sentí ridículo. Mi pelo no me ayudaba a estar mejor.

Lejos de aquel primer contacto con la supervivencia encontramos, por fin, nuestra base olvidada en la ladera de un monte. Apenas 12Km nos separaban de la frontera con el Marruecos francés. Hacía unos días que había perdido mi maleta. Por fin una cara conocida. Al llegar a la base, me encontré con un primo mío que trabajaba de camarero en la plaza de Santa Ana en Madrid. Esa noche encontré la maleta. Todos cenamos chorizos de pueblo.

Dormíamos tan cerca del mar que el agua entraba por las ventanas. El amanecer en aquel lugar me pareció el primero que veía. Allí el sol no era el mismo. Despertaba con tal fuerza que apenas daba tiempo a remolonear. Antes de que el toque de diana ganara el pulso al sueño, me asomé por la ventana de mi cuarto y divisé a lo lejos una vaca y un "moro". Durante unos minutos volví a Villaminaya, a mis tiempos de pastor. Recordé cómo un vecino que también tenía ovejas me enseñó a leer. Aprovechábamos las largas tardes de pastoreo corrigiendo ejercicios. No tardé en aprender lo que me enseñaba. Algunas noches recitaba las novelas de "Carabonita y Perragorda". Nos reuníamos un grupo de vecinos y algunas mujeres lloraban. En aquel momento empezaban a llegar al pueblo estraperlistas procedentes de Madrid. En sus fajas tubulares portaban alubias, y brindaban al pueblo la posibilidad de hacerse con artículos de lujo. Así conseguí las ordenanzas. Las había repasado mil veces.

Cuando el sol aún no se dejaba ver del todo, nos llamaron a filas. Con los nervios propios de quien desconoce su suerte, abandoné mis recuerdos y acudí con el resto de reclutas. Allí estaban ellos, como salidos de mi manual. Galones, estrellas...podía distinguirlos a todos. Respondí a cada uno con su grado. Aquel capitán de barba afilada trató de confundirme. Se había dado cuenta de que conocía las ordenanzas, y me preguntó por la figura del cabo 1º. Sabía que ese cargo en realidad no existe. Se sitúa entre el cabo y el sargento pero no tiene más fin que ahorrarse sueldos. Salí del paso. Conocer las ordenanzas me cerró las puertas de las letrinas y me alejé de las mondas de patata. Me propusieron hacer el estadiillo de semana. A los pocos días me mandaron personarme en la tienda del comandante. Es difícil ocultar el rostro de novato tras un bigote despoblado. Me temblaba la voz y no paraba de sudar. Intentaba repasar mentalmente de cuál de todos mis fallos se habría dado cuenta. Por el cuartel corría el rumor de que el sargento manejaba la olivetti como un auténtico profesional. No me quitaba la imagen de la cabeza, abriría la puerta y ahí estaría él apuntándome con su máquina último modelo. El comandante Sarmiento exigía disciplina pero resultó ser un gran tipo. No estaba enfadado y con la olivetti solo se dedicaba a escribir. Había oído hablar de mí y se propuso instruirme para ascender en el ejército. Mis ansias de saber, sus ganas de enseñar, mi aburrimiento y el suyo hicieron un buen equipo. Con él aprendí un poco de todo. Fue el comienzo de una brillante vida militar.

Los años que pasé al servicio del ejército fueron horas en Villaminaya. Cuando después de tanto tiempo regresas engalonado al pueblo, a tu paso despiertas, sin quererlo, admiración y envidia. Cada uno expresa lo que siente como puede. Mi madre colocaba una silla en la entrada de casa y ahí cosía mis galones. Recuerdo con cariño el día que el alcalde me mando personar en el ayuntamiento. Al entrar, todos los presentes se pusieron en pie. El alguacil se aclaró la garganta y con la predisposición



de quien se dispone a decir algo importante me anunció que el ayuntamiento de Villaminaya iba a remplazar su vieja máquina de escribir. Solicitaban mi consejo. Una Olivetti, dije yo.

Lo importante de la vida

El tiempo pasado nunca fue mejor, pero en otro tiempo era más joven.

Nos encanta pensar que somos diferentes, nos asusta comprobar que no lo somos. Hay muchas cosas que solo el tiempo es capaz de diferenciar. Cuando alguien me pregunta si tal cosa la veo mal, siempre le digo que lo veo en relación a mi edad. El día en que pienses que la gente joven no hace más que tonterías, te estarás haciendo viejo. Las tonterías son solo en perspectiva. Seguramente nada es nuevo, todo eso, tú ya lo has vivido.

He tenido muchas oportunidades para comprender que los hombres somos peores que los animales. Cuando una fiera se sacia deja los restos para el que venga detrás. Nosotros somos capaces de cargar toda una vida con el peso de la avaricia.

Los matrimonios pueden haber sido para siempre, y no durar toda la vida. De pronto, un día te despiertas y no reconoces el camino. Tu compañera ha dejado de andar. Antes de morir te pide que sigas tu propia ruta, que formes un nuevo hogar. En la vida no se puede tener miedo. Dios ilumina el camino, y no sabes a donde te quiere llevar. Hay personas que se van quedando a tras pero que jamás se pierden. Se esconden, se camuflan, duermen.

Siempre he intentado conducir mi vida sobre cuatro ruedas y con el aire suficiente. Santa Gema ha guiado mis pasos.